

PARTE II.

Caballería
de Gonzalo.

Desde el momento en que cesaron las hostilidades, Gonzalo desplegó una conducta tan generosa con los que poco antes eran sus enemigos, y tanta humanidad en procurar el alivio de su suerte, que por estas cualidades se granjeó tanta honra como por sus mas señaladas victorias. Hizo cumplir fiel y escrupulosamente el tratado de capitulación, castigando con severidad cualquiera exceso que los suyos cometieran contra los franceses. Su conducta benigna y caballerosa con los vencidos, tan ajena de las ideas de terror con que hasta entonces habia ido acompañado su nombre en la imaginacion de sus enemigos, produjo en éstos una admiracion tan general y justa, que les obligó á manifestarle el agradecimiento que les inspiraban sus nobles cualidades, apellidándole "gentil capitaine et gentil cavalier"¹⁴.

Profundo dis-
gusto de Luis
XII.

La noticia de la derrota del Garillano y de la rendicion de Gaeta produjo general tristeza y consternacion en toda Francia; casi no habia ninguna familia de clase (dice un historiador frances) que no contara á algun individuo suyo envuelto en aquella espantosa catástrofe¹⁵; la corte se puso luto; el rey humillado, viendo deshechos como el humo todos sus grandiosos planes por un enemigo á quien despre-

en el tratado, y los envió á todos en clase de presos de estado á las cárceles del Castel-Nuovo de Nápoles. Mucho le han difamado y criticado por ello los escritores franceses, pero sin razon; porque si hemos de dar crédito á los historiadores italianos, Gonzalo se negó resueltamente antes que se firmara la capitulacion á incluir en ella á los señores napolitanos. La verdad es que, despues de haber sido hechos prisioneros y puestos en libertad, los encontraron por segunda vez sirviendo bajo las banderas francesas, y no parece inverosímil que los franceses, por mas que desearan naturalmente proteger á sus aliados, viendo que sus fuerzas no les permitian hacer otra cosa, consintieran respecto á ellos en aquel silencio equivoco, que sin comprometer abiertamen-

te su honor, dejaba todo este asunto á la prudencia del Gran Capitan.

Por lo que hace á la acusacion general que algunos historiadores modernos franceses dirigen al caudillo español, de haber empleado la misma severidad contra los demas italianos que se hallaron en la plaza, sin distincion, no tiene el menor fundamento en ningun escritor contemporáneo.—Véase á Gaillard, *Rivalité*, t. iv, p. 254.—Garnier, *Hist. de Franco*, t. v, p. 456.—Varillas, *Hist. de Louys XII*, t. i, pp. 419, 420.

¹⁴ Fleurange, *Mémoires*, chap. 5, apud Petitot, *Collection des Mémoires*, t. xvi.—Bernaldez, *Reyes Católicos*, MS., cap. 190.—Giovio, *Vitæ Illustrum Virorum*, folio 269, 270.—*Crónica del Gran Capitan*, cap. 111.

¹⁵ Brantôme, que estuvo en las ri-

CAP. XV.

ciaba, se encerró en su palacio no dejándose ver de nadie, hasta tal punto que la agitacion de su espíritu llegó á causarle una grave enfermedad que estuvo para costarle la vida.

Entretanto su exasperacion encontró objeto contra quien descargar su furia en la infeliz guarnicion de Gaeta, que tan cobardemente habia abandonado su puesto por volver á su país. Mandó que aquellas tropas inviernasen en Italia y no cruzaran los Alpes hasta nueva orden; á Sandricourt y Alegre sentenció á destierro por haberse insubordinado contra su general en jefe, y al último en particular por la conducta que observó antes de la batalla de Ceriñola; condenando á los comisarios del ejército, que con su infame rapacidad habian sido la causa principal de su ruina, á ser ahorcados¹⁶.

Mas no era necesario el encono impotente de su monarca para acabar de llenar la copa de amargura que los soldados de Francia estaban apurando hasta las heces. Una gran parte de los que se embarcaron para Génova murieron de enfermedades contraídas en el largo espacio que estuvieron acampados en los pantanos de Minturnas. Los demas pasaron los Alpes y entraron en Francia, porque su desesperacion no les daba lugar á tener en cuenta la prohibicion de su rey. Los que se encaminaron por tierra tuvieron aun mas que padecer por los insultos de los habitantes de Italia, que se vengaron plenamente de los actos de barbarie y violencia que por tanto tiempo habian sufrido de los franceses. Véase á éstos errantes como espectros en los caminos reales y en las ciudades por donde pasaban, abrumados de frio y de hambre: todos los hospitales de Roma, y aun los establos, chozas y demas sitios que podian ofrecer algun abrigo, estaban llenos de míseros vagabundos que solo deseaban encontrar algun rincón para morir. No fué mucho mejor la suerte de los caudillos. Entre los demas, el marqués de Saluzzo, poco despues de llegar á Génova, murió de resultas de una fiebre que le fué ocasionada por

beras del Garillano unos cincuenta años despues de este suceso, las vió pobladas de las sombras de aquellos ilustres muertos, que yacian sepultados en sus funestos y pestilentes pantanos. Hay en esta vision del buen cronista antiguo cierto colorido que no deja de ser un tanto

poético.—Vies des Homes *Illustres*, disc. 6.

¹⁶ Garnier, *Hist. de Franco*, tomo v, pp. 456-458.—Giovio, *Vitæ Illustrum Virorum*, fol. 269, 270.—Guicciardini, *Istoria*, t. i, lib. 6, pp. 332, 337.—St. Gerlaes, *Hist. de Louys XII*, p. 173.

Padecimientos
de los france-
ses.

PARTE II. los padecimientos de su espíritu; Sandricourt, demasiado soberbio para sufrir su desgracia, se quitó la vida por sus propias manos; Alegre, mas culpable pero mas valeroso, sobrevivió para tener la fortuna de reconciliarse con su soberano, y de alcanzar la muerte del soldado en el campo de batalla ¹⁷.

Tales son los tristes colores con que los historiadores franceses pintan los últimos esfuerzos hechos por su monarca para recobrar el reino de Nápoles. Pocas expediciones militares han principiado con auspicios mas brillantes é imponentes; pocas han sido dirigidas de una manera mas desafortunada en todo su discurso, y ninguna ha concluido de un modo mas desastroso.

Entran los españoles en Gaeta.

A 3 de Enero de 1504 Gonzalo hizo su entrada en Gaeta, y las salvas de aquellos cañones, que entonces se oyeron por primera vez en sus murallas, anunciaron que esta importante llave de los dominios de Nápoles habia pasado á manos de los reyes de Aragon. Despues de una corta detencion para dar lugar á que descansaran sus tropas, emprendió Gonzalo su marcha hácia la capital; mas, en medio de la general alegría con que era saludada su vuelta, se vió acometido de una fiebre, efecto de las incesantes fatigas y exaltacion mental en que habia vivido durante los últimos cuatro meses. La enfermedad fué grave, y sus resultados por algun tiempo dudosos. En los dias de mas peligro, el espíritu público estaba en la mayor ansiedad; las maneras populares de Gonzalo le habian ganado todos los corazones del inconstante pueblo de Nápoles, que en verdad traspasaba su afecto tan fácilmente como su fidelidad; y se hicieron en todos los monasterios é iglesias de aquella capital oraciones y votos por su restablecimiento. Al fin su escelente naturaleza triunfó de la enfermedad, y en cuanto se anunció este favorable suceso, toda la poblacion, pasando á otro extremo, se entregó á un regocijo que rayaba en locura. Cuando Gonzalo estuvo bastante restablecido para dar audiencia, multitud de gentes de todas clases acudieron al palacio de Castel-
Novo, deseosas de felicitarle y de obtener una mirada del héroe que por tercera vez volvia á su capital coronado con los laureles de la

¹⁷ Buonaccorsi, Diario, página 86.—
Ulloa, Vita di Carlo V, folio 23.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 190.

—Giovio, Vita Illustrorum, ubi supra.—Gaillard, Rivalité, t. iv, páginas 254-256.

victoria. Todos (dice su entusiasta historiador) empleaban las frases mas pomposas en su elogio: los unos alababan su gentileza y la noble expresion de su rostro, los otros la elegancia de sus maneras y lo apacible de su trato, y todos admiraban su espíritu de munificencia que parecia de rey ¹⁸.

Tambien vino á aumentar aquellos loores la lira de mas de un bar-
do, que procuró, aunque con éxito insignificante, inspirarse con tan noble tema, confiando sin duda que su mano liberal no ajustaria la recompensa á la medida exacta del merecimiento. En medio de aquel coro general de adulaciones, solo la musa de Sannazzaro, que valia mas que todas juntas, estaba silenciosa; porque los trofeos del conquistador se levantaban sobre las ruinas de la real casa que por tanto tiempo habia dado asilo al poeta; y este silencio, tan raro en sus compañeros, se debe confesar que da mas realce á su nombre que el mejor de sus cantos ¹⁹.

Lo primero en que se ocupó Gonzalo fué en juntar los diferentes órdenes del Estado para recibir sus juramentos de fidelidad al rey Fernando. Despues procuró dictar las providencias necesarias para la reorganizacion del gobierno y reforma de varios abusos que se habian introducido, en particular en la administracion de justicia. Mas en medio de todos estos esfuerzos para restablecer el orden, veíase muy embarazado por la insubordinacion de sus mismos soldados. Pedianle éstos en alta voz que les pagara los atrasos, que vergonzosamente se les estaban debiendo todavía; y á tanto llegó su atrevimiento que se declararon en abierta rebelion, y se apoderaron á la fuerza de dos de las plazas principales del reino, como prendas de seguridad del pago. Gonzalo castigó esta insolencia disolviendo varias de las compañías mas rebeldes, y enviando á los revoltosos á su país para que fueran castigados. Procuró sin embargo pagarles una parte exigiendo contribuciones á los napolitanos. Pero los soldados lo tomaron por su cuenta y oprimieron al desgraciado pueblo en donde se hallaban, en términos que hacian su condicion casi no menos

¹⁸ Giovio, Vita Magni Gonsalvi, fol. 270, 271.—Quintana, Españoles Célebres, t. i, p. 298.—Crónica del Gran Capitan, lib. 3, cap. 1.—Abarca, Reyes

de Aragon, t. ii, fol. 359.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 190, 191.
¹⁹ Giovio, Vita Illustrorum, folio 271.

PARTE II. desgraciada que cuando el país se veía espuesto á todos los horrores de la guerra²⁰. Este fué el primer paso, segun Guicciardini, por donde se introdujo el sistema de exacciones militares en tiempos de paz; sistema que despues se hizo tan comun en Italia y que añadió este nuevo y gravísimo mal al gran cúmulo de padecimientos que afligieron á aquella tierra infeliz²¹.

Liberalidad de Gonzalo con sus oficiales.

En medio de sus muchas atenciones, Gonzalo no olvidaba á los bizarros oficiales que le habian ayudado á llevar el peso de la guerra, y recompensaba sus servicios con una generosidad régia, más ajustada á sus altos sentimientos que á su interes, segun se vió en adelante. Entre ellos se contaban Navarro, Mendoza, Andrada, Benavides, Leiva, y los italianos Albiano y los dos Colonas, de los cuales vivieron muchos en adelante para poner en práctica las lecciones de guerra que habian aprendido bajo tan gran caudillo, en un teatro de gloria todavía mas vasto, durante el reinado de Carlos V. Concedióles Gonzalo, á medida de lo que cada uno solicitó, ciudades, fortalezas y grandes estados que habian de tener como feudos de la corona. Todo esto se hizo sin esperar la aprobacion de Fernando el Católico; y como fuera contrario al espíritu económico del rey, se oyó á éste decir con algun enojo: "poco importa que Gonzalo de Córdoba haya ganado para mí un reino, si le reparte antes que llegue á mis manos." Empezóse á conocer en la corte que el Gran Capitan era demasiado poderoso para súbdito²².

Temores de Luis XII.

Entretanto Luis XII estaba asaltado de temores por la suerte de

20 "Servire per sempre, vincitrice o vinta."

Empezaban ya entonces los italianos á sentir la amargura de aquellas aflicciones, que siglo y medio despues arrancaron al corazon de Filicaja los sentidos lamentos, que aun bajo la pluma del lord Vyron han perdido algo de su interesante ternura.

21 Zurita, Anales, t. v, lib. 5, capítulo 64.—Guicciardini, Istoría, lib. 6, páginas 340, 341.—Abarca, Reyes de Aragon, ubi supra.

Véase igualmente la carta de Gonzalo á los reyes, en que manifiesta que aquel año toda Italia estaba afligida de una hambre terrible, producida por el abandono del cultivo de los campos, y por unas lluvias escesivas de que nunca habia habido ejemplo. Carta de Nápoles, 25 de Agosto, 1503, MS.

22 Giovio, Vita Illustr. Virorum, folio 270, 271.—Crónica del Gran Capitan, lib. 3, cap. 1.—Ulloa, Vita di Carlo V, fol. 24.

sus estados del norte de Italia: sus anteriores aliados el emperador Maximiliano y la república de Venecia, y en especial la última, habian dado muchas señales, no solo de frialdad respecto de él, sino de secreta inteligencia con su rival al rey de España; el turbulento papa Julio II tenia planes por su cuenta y enteramente independientes de Francia; la república de Pisa, y la de Génova, dependiente suya, habian entablado tratos con el Gran Capitan, invitándole á que las tomara bajo su proteccion; al mismo tiempo que varios del partido desafecto de Milan le habian prometido ayudarle con todo su poder, siempre que quisiera marchar con fuerzas suficientes para derrocar al gobierno existente. A la verdad, no solo Francia sino la Europa entera esperaba que el caudillo español se aprovecharia de las presentes circunstancias para llevar sus armas victoriosas al alta Italia, levantar á su paso la Toscana, y atacando á los franceses en Milan, arrojarlos, batidos como estaban y desalentados por sus últimos reveses, á este otro lado de los Alpes²³.

Pero Gonzalo tenia ocupacion sobrada con su empresa de poner orden en el desconcertado reino de Nápoles. El rey Fernando, su soberano, no obstante la ambicion de conquista universal que sin fundamento le han atribuido los escritores franceses, no se proponia estender sus adquisiciones á mas de lo que pudiera conservar de un modo seguro. Su tesoro, que nunca estuvo sobrado, habia sufrido grandes desembolsos, por los gastos de la última guerra, para permitirle acometer tan pronto otra empresa peligrosa, que habia de levantar contra él la turba de enemigos que parecia haberse quedado tranquila despues de su larga y abrumadora contienda. No hay pues ninguna razon para suponer que pensara siquiera en semejante proyecto²⁴.

23 Guicciardini, Istoría, lib. 6, p. 338.—Zurita, Historia del Rey Hernando, t. 1, lib. 5, cap. 64.—Abarca, Reyes de Aragon, rey 30, cap. 14.—Buonaccorsi, Diario, pp. 85, 86.

24 Zurita, Anales, t. v, lib. 5, cap. 66. La campaña contra Luis XII costó á la corona de España trescientos treinta y un cuentos de maravedises, equiva-

lentes á nueve millones doscientos setenta y ocho mil pesos de nuestros tiempos, que no es ninguna suma enorme para la conquista de un reino, y mucho menos lo fué en este caso para los españoles, si se atiende á que una quinta parte de ella se sacó del mismo reino de Nápoles. Véase á Abarca, Reyes de Aragon, t. II, fol. 359.

PARTE II.

Tratado con
Francia.

Mas solo el temor de que así sucediera fué muy útil al rey Fernando, porque preparó al monarca frances á nuevos ajustes de sus diferencias con su contrario por medio de negociaciones, como este último deseaba ya con ansia. Para ello, durante la mayor parte de la guerra habia tenido en la corte de Francia dos enviados españoles, con objeto de aprovechar la primera ocasion que se presentase para aquel fin. Por su medio se hizo pues un tratado que habia de durar por tres años, concediendo á Aragon la posesion tranquila de sus conquistas durante aquel periodo. Los artículos principales eran, que cesarian inmediatamente las hostilidades entre los beligerantes, y que las relaciones mercantiles se restablecerian en un todo, salvo en Nápoles, de donde los franceses quedaban escludidos, que España podria reducir por fuerza de armas todas las plazas de aquel reino que hicieran resistencia; obligándose cada una de las partes contratantes solemnemente á no apoyar ni dar auxilio alguno pública ni privadamente á los enemigos respectivos de la otra. Este tratado, que habia de empezar á regir desde 25 de Febrero de 1504, fué firmado por el rey de Francia y los plenipotenciarios de España en Lyon, el dia 11 de dicho mes, y ratificado por Fernando é Isabel en el convento de Santa María de la Mejorada, á 31 del siguiente mes de Marzo ²⁵.

Valentia de
Luis de Ars.

Habia un pequeño territorio en el corazon de Nápoles, en que estaban Venosa y otras varias poblaciones inmediatas, donde Luis de Ars y sus esforzados compañeros se mantenian todavía firmes contra las armas españolas. Aunque privados aquellos valientes, por efecto de este tratado, de toda esperanza de recibir socorro de su patria, Luis de Ars no quiso rendirse, sino que, saliendo á la cabeza de su pequeño escuadron de veteranos, todos armados de punta en blanco (dice Guicciardini) y con lanza en ristre, atravesó el reino de Nápoles y el centro de Italia, marchando en tren de guerra, exigiendo contribuciones para mantenerse en los lugares por donde pasaba, y entrando de este modo en Francia, donde se presentó ante la corte, que se hallaba en Blois. El rey y la reina, admirando aquella bizar-

²⁵ Se hallará este tratado en Dumont, Corps Diplomatique, t. iv, núm. 26, páginas 51-53.—Zurita, Anales, t. v, lib.

5, cap. 64.—Machiavelli, Legazione seconda a Francia, let. 9, Feb. 11.

CAP. XV.

ría, salieron á recibirle, y segun dice un antiguo cronista, convidaron á su mesa al caudillo y á sus compañeros, y los recompensaron con generosas dádivas, prometiendo al valeroso campeon todo lo que quisiera para sí. Éste solo pidió que se alzara el destierro á su antiguo compañero de armas Ivo de Alegre. Un rasgo de tanta longanimidad, en medio del feroz espíritu general de aquellos tiempos, interesa sobremanera, y manifiesta, como otros muchos que se refieren de los caballeros franceses de la misma época, que la edad de la caballería, de la caballería novelesca, no habia aún concluido enteramente ²⁶.

El tratado de paz de Lyon decidió la suerte del reino de Nápoles, y á la par que puso fin á las guerras de aquel reino, cerró la carrera militar de Gonzalo de Córdoba. No es posible considerar la magnitud de los resultados conseguidos con tan pequeños medios y contra tal muchedumbre de enemigos, sin llenarse de profunda admiracion por el genio del hombre que los habia realizado.

Cierto es que sus triunfos se pueden atribuir en parte á los grandes desaciertos de sus contrarios. La magnífica expedicion de Carlos VIII dejó de producir efectos duraderos, especialmente á causa de la precipitacion con que se habia acometido, sin haber antes procurado verificar un concierto suficiente con los reinos de Italia, que luego fueron enemigos formidables cuando se le presentaron reunidos á su espalda. Carlos no se aprovechó tampoco de la conquista pasajera de Nápoles para adquirir apoyo ganándose la adhesion de sus nuevos súbditos, sino que lejos de atraérselos fué mirado por ellos como extranjero y enemigo, y como tal arrojado de su nuevo reino, por los ejércitos reunidos de toda Italia, tan pronto como ésta tuvo fuerzas suficientes para obrar de concierto.

Luis XII aprendió con los errores de su antecesor: sus adquisiciones en el Milanesado formaban una buena base para sus operaciones futuras, y cuidó ademas de asegurarse por medio de negociaciones la alianza é interes de diferentes gobiernos italianos que se hallaban

²⁶ Brantôme, Œuvres, t. II, disc. 11. Bayard," chap. 25. El buen caballero —Fleurance, Mémoires, chap. 5, en "sans peur et sans reproche" iba en esta pequeña é intrépida partida, pues se juntó con Luis de Ars despues de la capitulacion de Gaeta.

Véanse tambien las "Mémoires de

Causas de las
desgracias de
los franceses.